

LA DINÁMICA COMERCIAL ROMANA ENTRE ITALIA E *HISPANIA CITERIOR*

Jaime Molina Vidal

UNIVERSIDAD DE ALICANTE
INSTITUTO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT

© Jaime Molina Vidal
Universidad de Alicante
Universidad Complutense de Madrid, 1997

ISBN: 84-7908-315-8
Depósito Legal: A-000-1997

Fotocomposición e impresión:
Gráficas Antar, S.L. - Alicante

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición impresa
de la obra**

Edición electrónica:



LA DINÁMICA COMERCIAL ROMANA ENTRE ITALIA E *HISPANIA CITERIOR*

JAIME MOLINA VIDAL

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

Índice

Portada

Créditos

| | |
|--|----|
| III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, análisis crítico | 5 |
| III.1. Los orígenes de la discusión | 6 |
| III.2. La Nueva Ortodoxia | 22 |
| III.3. La escuela gramsciana | 33 |
| Notas | 46 |

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

Una vez expuestos los parámetros metodológicos que vamos a utilizar para crear un cuerpo de datos útil para adentrarnos en el estudio de las corrientes comerciales, vamos a exponer las distintas ópticas desde las que se afronta el análisis de las relaciones económicas de la Antigüedad y desde cuál de ellas realizaremos nuestras interpretaciones. No pretendemos realizar un estudio pormenorizado de los fundamentos y raíces filosóficas e históricas de las que parten las distintas corrientes historiográficas de la Antigüedad, tarea digna de inspirar uno o varios libros. Tan sólo pretendemos contribuir al entendimiento de la dinámica comercial de la época tardorrepública y a la interpretación del lugar que ocupa la economía romana en el contexto general de los estudios históricos, situando los fundamentos de nuestro análisis.

III.1. Los orígenes inmediatos de la discusión

Para rastrear los orígenes de la polémica habríamos de remontarnos a los primeros trabajos que se adentraron en el análisis histórico de la formación del capitalismo en los siglos XVIII y XIX. En las obras de D. Hume, E. Gibbon, A. Smith o K. Marx, entre muchos otros, encontramos la base de la discusión, pero su análisis queda fuera del ámbito de nuestro estudio. Empezamos, pues, por los orígenes más recientes, finales del siglo XIX y principios del siglo XX, con el enfrentamiento de los que se han denominado las concepciones “modernistas” y “primitivistas” de la economía antigua.

Entre los primeros historiadores de la economía antigua encontramos a K. Rodbertus, quien en 1865 publicó una comparación, que ya es clásica, entre las economías del mundo antiguo y moderno, estableciendo las diferencias existentes entre sus respectivos sistemas impositivos, centrándose en la época de Augusto. Destacó el papel que la hacienda, el *oikos*, y sus propietarios desempeñaron en la Antigüedad (PEARSON, 1976, 53), y que dieron forma a una economía en especie que minimizó en todo momento el papel del dinero, los mercados y el intercambio. Algunas décadas después K. Bücher (1901, 1906, 1912 [1893], 1922) y E. Meyer (1924 [1895]) iniciaron una controversia (**nota 8**) que inauguró el

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

enfrentamiento entre lo que se considerará tesis primitivistas y modernistas de interpretación de la economía antigua.

K. Bücher (1901, 1906, 1912[1893], 1922) trató de realizar una teoría general del desarrollo económico desde las comunidades primitivas a la época moderna, para lo cual integró la economía antigua en las sociedades menos complejas. Dentro de este intento por explicar la evolución de la economía de Occidente de una forma linealmente progresiva, siguiendo la teoría de los estadios, señala los hitos de este proceso que marcan las fases evolutivas de la economía: economía doméstica cerrada (Antigüedad y Medioevo), economía ciudadana (Bajo Medioevo) y economía nacional (mundo moderno) (LO CASCIO, 1991, 314). Hasta el año 1000 d.C. el dominio del *oikos* sería total, dando forma a una economía autosuficiente en la que el comercio y el dinero apenas tenían importancia (PEARSON, 1976, 54).

En contra de estos planteamientos, aparece E. Meyer (1924 [1895]), historiador alemán con una formación intelectual bastante alejada de los planteamientos de Mommsen y fuertemente influida por Ranke y Hegel. Este autor destacó el carácter esencialmente moderno de la economía antigua, pudiéndose detectar un paralelismo entre la historia grecorromana y la europea de los siglos XIV al XVIII/XIX. Desde

estas concepciones cíclicas de la historia resaltó la existencia de un sistema de elaboración de manufacturas desarrollado y un intercambio intensivo de productos, por lo que el comercio y el dinero tuvieron una importancia fundamental en la vida económica de la Antigüedad (PEARSON, 1976, 55). Sus aportaciones abrieron el camino a las posturas “modernistas”, pero de una forma excesivamente acrítica y, en muchas ocasiones, alejadas de la realidad histórica.

Un punto de equilibrio fue introducido por Max Weber (1992), que intentó mantenerse alejado de la radicalidad de ambas posturas. Admitió las similitudes existentes entre la economías del mundo antiguo europeo, en sus momentos culminantes de su desarrollo, y el período bajomedieval, pero remarcó en todo momento el carácter específico de la cultura antigua, razón por la que trató de hallar los instrumentos conceptuales propios que pudieran caracterizar su economía.

Max Weber reflejará en todas sus interpretaciones la preocupación por evitar las tendencias extremas de su época, su propia definición política liberal-progresista marcó ese continuo interés que le aleja tanto del conservadurismo burgués como del marxismo. Su crítica se dirigirá tanto al historicismo como el materialismo histórico. En su propuesta de ciencia social histórica, queda reflejada la crítica tanto de la mera

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

reconstrucción del proceso histórico, como a las pretensiones de que la ciencia histórica pudiese proporcionar valores objetivos (ABELLÁN, 1991, 20-21).

Por ello, propuso el método de los “tipos ideales”: los fenómenos tienen multitud de significados de los cuales sólo podemos manejar una parte, los que abstraemos de la realidad de acuerdo con el propio interés del científico (FONTANA, 1982, 169). Esta es la razón por la que Max Weber niega que la historia siga un desarrollo natural, se opone a las concepciones cíclicas o del progreso rectilíneo, en la medida que el motor de la historia no ha de buscarse en factores supraindividuales, puesto que, según él, éstos son construcciones subjetivas que parten de valores predeterminados.

Se trata, pues, de un intento de crear la tercera vía entre Bücher y Meyer, en el campo de la historia económica; entre Schmoller y Meyer, respecto a las concepciones clásica e histórico-descriptiva de la economía en la Alemania de su tiempo, y entre el historicismo y el materialismo histórico, en el ámbito de las concepciones históricas. No obstante, esta tercera vía no llegó a materializarse en la formulación de un sistema completo de ideas acerca de la investigación social.

Para los estudios sobre la Antigüedad, sin llegar a cerrar definitivamente ninguna de las cuestiones, consiguió destacar

el peligro que tenían los intentos de legitimación de valores presentes a partir del análisis interesado del pasado. Por esta razón, admitiendo la posibilidad de realizar comparaciones entre distintos períodos históricos, rechazaba la asimilación fácil de terminologías presentes al pasado sin determinar los rasgos diferenciados que hacían único a cada momento histórico. En sus análisis económicos de los mundos antiguo y medieval se detecta una oscilación constante entre la asociación y diferenciación de fenómenos similares. En esta continua exposición de rasgos peculiares de ambas épocas señala tanto la debilidad que en la Antigüedad tuvieron algunos rasgos propios de las economías preindustriales (procesos de acumulación, progreso técnico debido a la utilización de mano de obra esclava, producción destinada al mercado, etc.), como la inexistencia de ciertos requisitos básicos de las fases incipientes del desarrollo del capital (grandes inversiones industriales, economización y racionalización de la producción, corporaciones industriales, mercado de mano de obra libre, continentalización de los mercados, etc.).

Sin embargo, al mismo tiempo afirma la existencia de un capitalismo antiguo que tuvo unas características propias: utilización capitalista de la mano de obra servil, con las limitaciones al cálculo racional de la producción que ello suponía;

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

ligado a la expansión imperial, a la guerra y la conquista, como única fuente de abastecimiento de esclavos, que son los medios de producción; en sus momentos culminantes, la época tardorrepública según Weber, su estructura económica estaba caracterizada por el mercado y la moneda, y con acumulación de capital en el orden ecuestre, aunque las inversiones no se dirigieron hacia el desarrollo de actividades industriales.

Una de las visiones más modernas de la economía romana ha sido realizada por M. Rostovtzeff (1967, 1960, 1972). Este autor utilizó un aparato conceptual decimonónico (empleando términos como burguesía, proletariado, capitalismo, fábrica, librecambismo, etc.) y manejó paralelos modernos como marco de referencia del mundo antiguo, dibujando un panorama económico nuevo. M. Rostovtzeff (1984, 207) tiene una percepción del Imperio Romano totalmente moderna en la medida que destaca su carácter de Estado poderoso, de Estado Mundial civilizado; que aseguraba comunicaciones constantes y seguras; que apenas gravaba con impuestos las transacciones comerciales; altamente urbanizado, y que garantizaba la seguridad general de sus territorios. Este panorama venía definido, como anteriormente ya había estudiado G. Salvioli (1984 [1929]), por lo que denominó “capitalismo

antiguo” o “capitalismo feudal” como forma de delimitar las características propias de las sociedades antiguas respecto a las del capitalismo industrial. La base de este planteamiento se encontraba en el fenómeno de urbanización y en el desarrollo comercial que se situó a la cabeza de los factores dinamizadores de la economía a partir de la época augustea.

La pacificación del Imperio permitió un desarrollo generalizado de los sectores económicos que dirigían sus productos hacia los mercados exteriores. De esta forma, la burguesía ciudadana, que controlaba estos sectores exportadores, vio cómo aumentaba su poder social y político. Las ciudades pudieron crecer al amparo de la acumulación de capital que realizó esa burguesía ciudadana, que aliándose con el proletariado, consiguieron desplazar a los sectores aristocráticos que dominaron el panorama político y económico durante la época tardorrepública, caracterizada según este autor por lo que denominó el “capitalismo feudal”.

De todas formas, este capitalismo antiguo albergaba el germen de la degeneración en sus propios fundamentos, ya que la burguesía municipal se comportó de la misma forma que la aristocracia republicana: cerró el ascenso social de las capas bajas, bloqueando las formas de extensión del consumo; invirtió sus beneficios en tierras; su principal objetivo era

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

el ascenso sociopolítico; no consiguió desarrollar el sector industrial para que se generalizaran las grandes fábricas; ni aceleró la organización científica de sus propiedades, y dependió de formas de organización del trabajo poco desarrolladas.

El sector más desarrollado de la economía romana, en el que los métodos capitalistas modernos se manifestaron de una forma más clara, fue el comercio al por mayor. Este sector se vio favorecido por las condiciones de seguridad que reinaban en el Mediterráneo, por los reducidos impuestos con que se gravaban las transacciones comerciales y la magnífica red de comunicaciones que se desarrolló en el Imperio. Estas condiciones permitieron el surgimiento de un “comercio mundial” (ROSTOVTZEFF, 1981 [1957], 282-294) organizado entre las provincias, basado en el intercambio de artículos de primera necesidad y en la política librecambista (ROSTOVTZEFF, 1981 [1957], 309) de *laissez-faire* del Estado romano.

Para este autor el rasgo más moderno de la economía romana fue su organización comercial que permitió la aparición de “nuevos ricos” que invirtieron sus fortunas de forma preferente en la compra de tierras y, subsidiariamente, en la industria y las finanzas. De hecho la debilidad que en el mundo antiguo tuvo la búsqueda de la ganancia continua y la acumulación

de riqueza con fines especulativos y productivos estuvo en la base del fracaso de las tendencias capitalistas de su economía. M. Rostovtzeff, influido por Max Weber, que le otorgó una importancia trascendental a la influencia de la ética protestante en el surgimiento del capitalismo, también destacó el papel que durante toda la Antigüedad tuvo la tendencia tradicional de la riqueza por refugiarse en el rentismo y en los mecanismos de ascenso y consolidación social. Este hecho constituyó un obstáculo continuo para el surgimiento de nuevas fuentes de riqueza y el desarrollo de las actividades productivas de índole industrial.

Así pues, el sector que presentó unos rasgos más modernos fue el comercial, aunque siempre dependiera en último término de la agricultura. Contrariamente a lo que otros autores han postulado, M. Rostovtzeff (1981 [1957], 205-308) destacó que en Roma los movimientos de intercambio no se encontraba “nacionalizados”, como ocurrió en el Egipto Ptolemaico, ya que junto al comercio organizado por la *annona* imperial, en la que los mercaderes trabajaban para el emperador, existían redes de comercialización independientes, vinculadas sobre todo a importantes centros urbanos y sus comerciantes independientes.

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

El contrapunto a la visión modernista de M. Rostovtzeff fue puesto a mediados del presente siglo por un grupo de investigación anglosajón, aglutinado en torno a K. Polanyi. Sus actividades se inician en 1947 con el desarrollo de un proyecto de investigación dirigido al estudio de los orígenes de las instituciones económicas, centrándose en análisis antropológicos y relacionados con la Historia Antigua. En estos contextos sociales, la economía no existía aparte de la sociedad, sino inmersa en otras instituciones (parentesco, religión, etc.), lo que, según ellos, provocaba unos niveles tales de integración que evitaba la aparición de la competitividad y los conflictos sociales (GODELIER, 1976, 10-11; POLANYI, 1976c, 295). El principal móvil de estas investigaciones, dentro de la crítica del capitalismo, fue demostrar el carácter aislado que la economía de mercado tenía, por lo que sus teorías carecerían de aplicabilidad general a otros períodos históricos.

Para K. Polanyi (1976c; POLANYI-CONRAD-ARENSBERG-PEARSON, 1976) la separación de la economía del resto instituciones, como se produjo a partir de los siglos XVIII y XIX, y el desarrollo de una racionalidad utilitaria, como forma de disponer el tiempo y la energía para que en la relación entre el hombre y la naturaleza se alcance un máximo de objetivos,

sólo era aplicable en los modelos de mercado. Por lo tanto, la teoría económica, tal y como se desarrolló, se había convertido en un estudio de los fenómenos de mercado, inaplicable a sistemas que no estuvieran regidos por esta institución, de ahí que negará la capacidad de la ciencia económica para comprender el proceso a través del cual otras sociedades satisfacían sus necesidades materiales.

En la mayoría de las sociedades, según estos investigadores (POLANYI-CONRAD-ARENSBERG-PEARSON, 1976, 288), los hechos económicos se hallaban integrados en situaciones que no eran en sí misma de naturaleza económica, ya que ni los medios ni los fines eran esencialmente materiales. De esta forma, como los instrumentos conceptuales de la ciencia económica no servían para entender las relaciones en las que se hallaba integrada la economía, las investigaciones deberían dirigirse hacia el análisis institucional de estas sociedades.

La economía se presenta, por tanto, como una actividad institucionalizada (POLANYI, 1976c), y su estudio diacrónico consistirá en determinar el lugar cambiante que ocupa respecto a la sociedad en distintos lugares y períodos, es decir, las distintas formas de institucionalización del proceso económico. Así pues, para comprender las funciones de la economía

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

antigua había que realizar una tipología de sistemas económicos institucionalizados capaces, a la vez, de determinar el funcionamiento de las estructuras sociales. Esa fue una de las tareas principales que se propuso el propio K. Polany (1976c, 296-297), llevándole a determinar los tres principios fundamentales que regían el funcionamiento de los modelos de integración de los sistemas: principio de reciprocidad, p. de redistribución y p. de intercambio.

El principio de reciprocidad domina el proceso de integración de la economía siempre que las relaciones sociales ordenadas simétricamente dominen la organización social (GODELIER, 1976, 21). El rasgo fundamental es el carácter simétrico, basado en elementos comunes (parentesco, vecindad, el tótem, etc.), de las relaciones económicas que, en todo caso, mantiene subordinadas otras formas de integración como la redistribución o el intercambio. En las sociedades primitivas dominaría esta forma de integración económica basadas en las relaciones de parentesco, que daría lugar a lo que denominó “comercio de presentes” (POLANY, 1976c,307).

El comercio, para este autor, era el método de conseguir productos que faltan en un determinado lugar, mediante el movimiento bilateral, pacífico y regular. En las sociedades primitivas, dominadas por el comercio de presentes, se uni-

rían dos partes por relaciones de reciprocidad organizadas ceremonialmente, en las que se comerciaría con presentes (productos de lujo, tesoros, etc.), provocando contactos superficiales reducidos y esporádicos.

La redistribución se basaría en la concentración de productos en un centro y su distribución a partir de éste, siguiendo costumbres, leyes o acuerdos políticos. Se trata, pues, de un “comercio administrativo” en el que los precios están fijados de antemano por los estados ya que el interés fundamental es importar.

La institución que regiría estas transacciones sería el “puerto de comercio” (“port of trade”), centro en el que se desarrollan las operaciones de comercio administrativo. En él se garantiza seguridad militar a la potencias comerciantes; se da protección civil al comerciante extranjero; existen facilidades de fondeo, descarga y almacenamiento, y autoridades judiciales supervisan las operaciones comerciales, los productos a intercambiar y el cumplimiento de los acuerdos (POLANYI, 1976c, 308).

Muestras de estos tipos de comercio podían encontrarse en distintas civilizaciones (azteca, maya, bereberes, etc.) **(nota 9)** y según esta escuela en el mundo antiguo. Hasta el 750 a.C. aproximadamente, en Oriente Medio, los puertos de Al-Mina

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

y Ugarit serían un buen ejemplo de puertos de comercio neutrales. En la segunda mitad del milenio, con el surgimiento de potencias continentales y comerciales, estas instituciones pierden su neutralidad, pero según R. B. Revere (1976, 102-104) quedan sometidas a un control remoto que les permite seguir funcionando como centros comerciales.

Esta situación sería parangonable a la pérdida de la neutralidad a la que, a partir de la extensión progresiva del control hegemónico, se vieron sometidos los puertos de comercio de la costa levantina y meridional de la Península Ibérica. Lo cierto es que esa pérdida de la neutralidad desvirtúa claramente la definición original del comercio administrativo y su principal institución, el “puerto de comercio”. Esta es la razón por la que K. Polanyi (1976a) prefiere apoyarse en ejemplos más remotos para sustentar sus hipótesis, destacando la ausencia de mercados en los tiempos de Hammurabi y el protagonismo que en el mundo oriental pudo tener el comercio administrativo, dada la aparición de figuras como el *Tamkarum* y el *Ummeanum*.

Es más, cuando analiza la economía en tiempos de Aristóteles (POLANYI, 1976b, 128-133) destaca el carácter natural de su comercio, en el que domina el precio de convenio sobre el precio libre, reconoce la existencia de pequeñas áreas de

libre competitividad, en el mercadeo directo del ágora o en la Delos del siglo III a.C., pero remarca el predominio del carácter institucional de las transacciones a largo radio, en las que la oferta y la demanda eran desconocidas, y en los que la moneda está ausente o relegada a desempeñar funciones de rango cultural secundario (POLANYI, 1976c, 310).

A partir de estos dos ejemplos forzados de los mundos oriental y griego, que en todo caso son matizables y discutibles, K.Polanyi cree haber descubierto las pautas de comportamiento económico de la Antigüedad. De esta forma ratificaría su teoría de los tipos de integración parenteral y administrativa de las sociedades primitivas, entre las que se encontraría el mundo antiguo.

Después de estos dos principios generales, la reciprocidad y la redistribución, K. Polanyi (1976c, 300-301) propone otro modelo de integración de los sistemas, el intercambio, caracterizado por establecer movimientos de apropiación mediante una equivalencia negociada y no fija, como en los casos anteriores. Supone que la conducta de las partes debe estar orientada a producir un precio que favorezca el máximo a cada uno de los contratantes. En esos contextos estallan las tensiones y los antagonismos ya que el móvil de las transacciones es la ganancia. Según K. Polanyi (1976c, 301-302)

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

para detectar el surgimiento del mercado y su conversión en fuerza dominante de la economía había que estudiar en qué medida la tierra y los alimentos se movilizan a través de intercambios, y el trabajo se convierte en una mercancía que se pueda adquirir libremente en el mercado.

El intercambio, como principio integrador de los sistemas sociales, queda ligado a formas de comercio mercantil. En este caso, todos los productos pueden ser objeto de intercambio, que estará regido por mecanismos de oferta y demanda, que crean los precios, los cuales se extienden al resto de actividades secundarias de carácter comercial (almacenamiento, transporte, créditos, pagos, etc.). Para esta escuela, el comercio mercantil no se dio en ningún período histórico anterior al capitalismo, de ahí que la aparición y generalización del mercado fue uno de los elementos novedosos que produjeron la “gran transformación”.

Con estas tesis, K. Polanyi y su escuela trataban de neutralizar a los defensores radicales del capitalismo, quienes afirmaban que fuera del mercado la libertad desaparecía y se caía en el totalitarismo. Pero de la misma forma, se oponían a los marxistas quienes, sobre las cenizas de estas interpretaciones capitalistas, partían de la aceptación general de la separación y supremacía de la economía y la sociedad, cosa

que según Polanyi sólo se producía a partir de la Revolución Industrial, o la “gran transformación”.

En nuestra opinión, los planteamientos de partida de este grupo de investigación les llevó a forzar las interpretaciones de distintos fenómenos de la Antigüedad, con el fin de adaptarlos a los esquemas de funcionamiento de las sociedades primitivas y de esta forma ratificar sus tesis. Esta es la razón por la que, partiendo de que la Antigüedad es una etapa sin fisuras, evitan entrar en el análisis de los períodos en los que las relaciones económicas se asemejan más a las modernas, como podría ser la época tardorrepública.

III.2. La nueva ortodoxia

Los modelos propuestos por esta escuela se dirigen a completar una concepción de la economía en la que el autoconsumo orienta la mayoría de las actividades productivas. La “Nueva Ortodoxia” parte de los planteamientos realizados por M. I. Finley (1973), principalmente, y A. H. M. Jones (1974), para quienes el volumen de comercio interregional en el mundo antiguo siempre fue bajo y el autoconsumo fue dominante.

En un principio, el comercio habría tratado con productos de lujo para pequeñas oligarquías y nunca se llegó a mover

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

considerablemente el mercado a larga distancia, excepto las tasas en especie. El elevado coste de los transportes, sobre todo los terrestres, y el reducido poder adquisitivo de los consumidores que vivían en el límite de la subsistencia, constituirían en la Antigüedad un obstáculo insalvable que impediría la generalización de los intercambios interregionales.

Como hemos señalado, la figura más destacada de esta corriente es M. I. Finley, que con sus investigaciones ha conseguido crear una verdadera escuela histórica sobre la economía de la Antigüedad. M. I. Finley es considerado como uno de los más grandes historiadores de la Antigüedad, capaz no sólo de definir los aspectos concretos sino también de elaborar los conceptos teóricos y visiones generales que dan forma a fenómenos de larga duración, como hace en su *Ancient Economy* (1973). Dignos de resaltar son los preceptos desde los que se introduce en el estudio de la Antigüedad: la cuidada metodología que utiliza en todos sus trabajos (FINLEY, 1977; 1986); el gran conocimiento que demuestra sobre la Grecia Antigua (FINLEY, 1984[1953]; 1981[1974], 1982); su elevado nivel intelectual que le permite elevarse sobre lo concreto (FINLEY, 1973), y el sólido armazón filosófico en que se apoya. Todas estas virtudes, junto a una dilatada obra, han hecho de M. I. Finley el referente fundamental de los histo-

riadores de la Antigüedad del mundo anglosajón y una de las figuras más respetadas por el resto de corrientes o escuelas históricas.

Sus aportaciones metodológicas han supuesto una verdadera novedad en el campo de las investigaciones sobre la Antigüedad. Desde la relación de distintas ciencias sociales, M. I. Finley se propuso la construcción de modelos, como forma más elevada de la actividad de la investigación histórica, aunque llega a caer en el desprecio por los estudios locales o concretos. Sus estudios se hallan plenamente cimentados en una base metodológica que acude a casi todas las fuentes de información de la Antigüedad (fuentes literarias, arqueología, epigrafía, papirología, etc.), promoviendo su utilización conjunta con el fin de abordar adecuadamente los problemas fundamentales de la Antigüedad.

En líneas generales su visión de la economía antigua se acerca a las tesis primitivistas, aunque el grado de reflexión y de conceptualización superan las elaboraciones anteriores y le permiten fijar nuevos puntos de referencia para los planteamientos sustantivistas. M. I. Finley no va a encontrar trazos modernos en la Antigüedad, ya que las fuerzas dominantes fueron la política, la irracionalidad económica, la experiencia y el pensamiento precientífico.

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

Toda esta visión se fundamenta en la concepción de un “mundo antiguo” unitario, compacto, sin fisuras, como una única estructura que puede presentar variedades cuantitativas pero no de naturaleza. Las características propias de la Antigüedad, que la separarían del mundo medieval y moderno serían el predominio de la mentalidad adquisitiva sobre la productiva; de la agricultura sobre las manufacturas; de la tierra sobre el dinero; de los bienes de uso sobre los de intercambio y, en definitiva, del campo sobre la ciudad. En este punto cabe destacar la crítica de A. Carandini (1979, 215) que señala que éstas no son características específicas del mundo antiguo, sino de todas las sociedades precapitalistas.

A partir de esta idea básica, M. I. Finley diseña una serie de tipos-ideales, en la línea conceptual de Max Weber, que deberían ser válidos para toda la Antigüedad. Entre otros cabe destacar su visión de la esclavitud valorada sólo desde un punto de vista cuantitativo y no como elemento básico de un modo de producción específico. De la misma forma propone una definición demasiado encorsetada de ciudad antigua, como núcleo consumidor, a diferencia de la ciudad medieval marcada por su elevado carácter productivo.

En estos modelos es difícil encajar los signos de prosperidad y desarrollo que los sectores industrial y comercial adquirieron a partir del siglo II a.C. M. I. Finley y, sobre todo, sus sucesores se empeñan en ignorar distintas evidencias arqueológicas que nos hablan no sólo de la existencia de importantes flujos de intercambio o de la extensión de las relaciones comerciales por todo el Mediterráneo sino también de la integración e interdependencia de las economías provinciales a través de la extensión de los mercados y las relaciones mercantiles.

Estas tesis que han vuelto a reivindicar el primitivismo de la economía antigua han dejado su impronta en una parte importantísima de la investigación anglosajona, que actualmente sigue desarrollando y completando las ideas de Finley y Jones. Distintos autores (K. Hopkins, R. Duncan-Jones, C. R. Whittaker, P. Garnsey, R. Saller, etc.) han seguido sus investigaciones, conscientes de que M. I. Finley no intentó cerrar la polémica, sino que, más bien, abrió distintos campos de la investigación que tendrían que ser desarrollados.

Uno de los flancos que M. I. Finley dejó más desprotegidos era el de los fenómenos comerciales que se desarrollaron en la Atenas clásica y, sobre todo, en la Roma imperial. Para este autor estas grandes ciudades y otros centros urbanos en

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

los que residían los propietarios de tierras, sólo fueron una excepción en un contexto general en el que predominaban el autoconsumo y la comercialización de productos de lujo. Conforme han ido aumentando los descubrimientos arqueológicos y los estudios sobre la producción itálica, se hacía más difícil de defender que el fenómeno de la circulación de bienes a largo radio durante la expansión imperial romana era una simple excepción. Surgen, por tanto, autores que tratan de enmarcar estos dilatados fenómenos de distribución en el modelo económico de Finley. El intento más completo por dar una explicación al crecimiento de los intercambios en la época imperial ha sido realizado por K. Hopkins (1980; 1983a; 1983b) (**nota 10**). Este autor, aunque en último término comparte las líneas básicas de los planteamientos económicos de la “Nueva Ortodoxia”, discrepa acerca de las dimensiones que llegó a alcanzar el comercio interregional en la época imperial, que según Hopkins fue modesto pero considerable. Su objetivo será conjugar el modelo propuesto por M. I. Finley con la existencia de un comercio interregional significativo, es decir, intentará explicar el crecimiento de los intercambios en el seno de una economía a la que le son ajenos los mercados y las transacciones comerciales libres.

K. Hopkins (1983b, X) afirma que el comercio no es el único mecanismo para distribuir productos entre los consumidores. En las economías precapitalistas los impuestos, las rentas y los mecanismos de abastecimiento estatales son otras formas de distribución y es importante averiguar que proporción dejaron al comercio libre. El modelo propuesto por este autor se basa en el papel dinamizador y distributivo que desempeñan los impuestos y las rentas.

Los impuestos romanos pagados en moneda serían un factor fundamental para explicar el incremento de la circulación de mercancías durante el período comprendido entre el 200 a.C. y el 400 d.C. El pago de los impuestos en moneda obligaba a los productores provinciales a vender sus mercancías a consumidores capaces de pagar con numerario y no con sus propias producciones. Se plantea un círculo de producción y consumo basado en la venta de mercancías a poblaciones que cobran en moneda (oficiales del ejército, agentes de la administración del Estado), con esa moneda se pagan los impuestos que van a Roma, desde donde son redistribuidos a las provincias, en forma de retribución de los servicios prestados al Estado, llegando a las manos de los mismos agentes estatales que compran los frutos de las agriculturas provinciales. Este proceso no se puede poner en marcha cuan-

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

do los impuestos se pagan en especie. El pago de rentas desempeñaría un papel similar en distribución de la riqueza (HOPKINS, 1980, 102).

Estas formas de distribución permitieron el desarrollo de los intercambios interregionales preferentemente en el período comprendido entre el 200 a.C. y el 200 d.C. Durante estos cuatro siglos aumenta la circulación monetaria, provocando la integración económica de las distintas partes del Imperio. El protagonismo de esta integración se identifica con el sistema impositivo romano que estuvo basado en aportaciones pequeñas pero masivas (HOPKINS, 1980, 107-120).

De todas formas, según K. Hopkins (1980, 104) el pago de las tasas y rentas se constituyó como un elemento menor dentro de un panorama económico dominado por la autarquía, que no significa que la población tenga que sufrir niveles de consumo inferiores a los mínimas necesidades de subsistencia. Según las estimaciones más acertadas la población del Imperio Romano giraría en torno a los 50 millones de habitantes, de los que sólo el 10-15% viviría en las ciudades. Así pues, sólo esta reducida proporción de la población dependería del abastecimiento campesino, al no producir su propio alimento (HOPKINS, 1983a, 85).

Otra propuesta sugerente sobre la interpretación de la distribución de mercancías en el mundo antiguo ha sido ofrecida por C.R.Whittaker. La interpretación de las relaciones económicas de la Antigüedad propuesta por este autor se enmarca en la línea diseñada por M. I. Finley y, sobre todo, K. Polanyi. En un profundo estudio sobre el imperialismo cartaginés C. R. Whittaker (1978) utiliza los principios de reciprocidad y redistribución, tal y como los expone K. Polanyi, para explicar el tráfico de mercancías y los intercambios durante los siglos V y IV a.C. En el sistema distributivo que describe un lugar central es ocupado por el puerto de comercio, como institución fundamental que acoge y promueve las operaciones de comercio administrativo.

En general, la aplicación de teorías al período arcaico y clásico han sido bien acogidas. Como hemos recogido en el capítulo dedicado al comercio prerromano, tanto la terminología como los modelos propuestos por C. R. Whittaker se adaptan aceptablemente a las situaciones referidas. No por ello hemos de negar la posibilidad de que otras formas económicas y comerciales, minoritarias para el período arcaico o clásico (comerciantes libres, áreas restringidas vinculadas a la circulación monetaria, ámbitos menores de la economía donde empiece a funcionar la oferta y la demanda, etc.) pue-

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

dan coexistir con las formas predominantes de comercio de presentes y administrativo.

Pero C. R. Whittaker (1983a, 1983b, 1985) ha ido más lejos, intentando extender hasta la época imperial, en que Roma controlaba el Mediterráneo, la negación del comercio mercantil y la generalización de las formas administrativas de intercambio. Este autor propone un nuevo modelo interpretativo de los intercambios durante la época imperial, marcado por el “autoconsumo de la aristocracia”. La piedra de toque de esta interpretación, se encuentra en considerar que una parte mayoritaria del comercio transmarino del citado período se basó en la circulación interna, a través de canales de distribución y consumo aristocráticos.

La producción vinícola de las provincias estaría vinculada a la extensión de la administración romana durante la época de Augusto, que provocó la dispersión de las clases dirigentes por el Imperio. La llegada de estos elementos aristocráticos a la periferia fomentaría la producción de mercancías orientadas al abastecimiento de sus círculos de influencia y poder en Roma e Italia, el centro del Imperio. Este modelo se sustenta en la interpretación de distintas marcas anfóricas, sobre todo de la Tarraconense, que A. Tchemia (1987, 333-334) se ha encargado acertadamente de poner en cuestión) (**nota 11**).

En un reciente estudio sobre el Imperio Romano P. Garnsey y R. Saller (1991) han calificado la economía romana como subdesarrollada, en la medida que la mayoría de la población vivía cerca de los niveles de subsistencia. Se trata de un intento por actualizar y dar un nuevo impulso a las teorías primitivistas de la Nueva Ortodoxia. Estos autores consideran que la economía antigua, retomando las visión continuista de la Antigüedad, se encuentra entre las economías preindustriales, destacando la preponderancia de la agricultura sobre el comercio o la industria.

La aristocracia hacendada es la principal clase económica, puesto que las limitaciones mercantiles impiden el ascenso de otros sectores sociales que se basaran en la riqueza comercial. Siguiendo a K. Polanyi vuelven a resaltar el papel que desempeñaron la “redistribución” y el “comercio administrativo” en el mundo romano.

Aunque reconocen el carácter comercial de algunas ciudades, siguen manteniendo el predominio del modelo de ciudad consumidora o parasitaria definido por K. Bücher (1901, 1906, 1912, 1922), W. Sombart (1902, 1916), M. Weber (1992) y M. I. Finley (1973, 1984[1953]). La ciudad consumidora ha sido caracterizada por la mezcla de funciones urbanas y rurales; dependiente de las actividades agrícolas; sustentada por las

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

rentas rurales y no por las empresas comerciales, y en las que la producción propia es reducidísimas (**nota 12**).

Un apartado destacado del análisis de P. Garnsey y R. Saller (1991, 66-80) es el que dedican al crecimiento de la economía romana. Se admite la posibilidad de que en la época del principado existiese una expansión de la economía, pero la forma de detectarla, a través del comercio, es difícil de perfilar. Como K. Hopkins (1980), señalan cuatro aspectos en los que se puede detectar el crecimiento de la economía a partir de la época de Augusto: el incremento de las exacciones de impuestos en moneda, de los niveles de consumo, de los naufragios y de la oferta monetaria que permitió financiar un aumento del comercio interregional. Aunque admiten que existió un crecimiento, en la economía romana pero de reducidas dimensiones, sobre todo si se compara con los avances de otros momentos históricos.

III.3. La escuela gramsciana (nota 13**)**

Herederos de una larga y fecunda tradición política, filosófica e histórica, crítica con el historicismo, surge en Italia un grupo de “antiquistas” (**nota 14**) que, recuperando el sentido original de las obras de K. Marx y A. Gramsci, tratan de replantear los estudios sobre la Antigüedad. Esta escuela que tiene

como piedra angular de su formación a R. Bianchi Bandinelli, se forma en torno a una nueva visión marxista de las sociedades antiguas, mucho más ecléctica y flexible que las elaboraciones materialistas anteriores. Entre la larga lista de investigadores que han marcado el rumbo de la historiografía italiana de las últimas décadas cabe destacar los nombres de A. Schiavone, F. Coarelli, A. Carandini, M. Torelli, A. Giardina, F. Zevi, D. Manacorda, C. Panella, E. Lepore, M. Musti, G. Clemente, M. Mazza, entre muchos otros de su misma generación o alumnos de éstos. Este grupo de investigadores italianos surge al amparo de una corriente general de discusión de las formas y métodos tradicionales de análisis histórico y arqueológico (tanto marxistas como historicistas) que se manifiesta en los debates aglutinados en torno a revistas como *Dialoghi di archeologia* o grupos de elaboración teórica como el *Istituto Gramsci* de Roma.

En octubre de 1974, en el *Istituto Gramsci* se constituye un grupo dedicado a la Antigüedad cuyas primeras actividades se reflejan en la publicación en 1978 de un compendio de artículos de clara orientación teórica, titulado *Analisi marxista e società antiche*. Poco después, en 1979, este mismo grupo de “antiquistas” organiza en Pisa un seminario dedicado al estudio y discusión de la *Forma di produzione schiavistica e*

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

tendenze de la società romana: Il a. C.-17 d. C. Un caso di sviluppo precapitalistico. Este Seminario, publicado en 1981 por Ed. Laterza., ofreció por primera vez una visión completa de lo que esta escuela denominó *Società romana e produzione schiavistica (SRPS)*. En esta obra se conjugaba el análisis detallado de los microespacios, con las elaboraciones teóricas subyacentes, se aprecia una interpretación conjunta de las fuentes materiales y las fuentes escritas. Este compendio ofrecía un cuerpo teórico y terminológico uniforme, que englobaba todos los aspectos de la sociedad romana, aunque se detectaba el predominio de los estudios económicos.

Una década después, este mismo colectivo, que ha incorporado las aportaciones de otros investigadores franceses y británicos, han realizado un obra más pretenciosa, capaz de abarcar el análisis de todos los aspectos de la Historia de Roma desde su fundación hasta su decadencia. La *Storia di Roma (SdR)*, de G. Einaudi Ed., es una gran obra colectiva, que en la actualidad sólo es parangonable con la *Cambridge Ancient History*. Recoge la fructífera elaboración de lo que hemos denominado la “escuela gramsciana” y de todos aquellos que se encuentran en su línea interpretativa. Como acertadamente señala G. Bandelli (1992, 193), aunque en esta obra se detecta cierto alejamiento de la estricta elabo-

ración teórica e ideológica que caracterizó la *SRPS* (1981), los planteamientos y la terminología propios de esta escuela aparecen en el sustrato de muchos de los artículos presentados por estos autores (COARELLI, 1990a, 162, 169, 170-171; MOREL, 1990, 401-404; CASAVOLA, 1990, 529; entre otros).

La terminología que aplican para describir las características de la economía del mundo romano intenta que sea propia y específica. No se trata, en cambio, de inventar los términos que hayan de utilizarse, pues como se observa en muchas de las obras de estos autores el sustrato marxista, por ejemplo, aflora en su lenguaje. Es una cuestión de flexibilidad, de utilización razonada e indirecta de otras terminologías, con el fin de respetar las complejas peculiaridades de los mecanismos económicos de las sociedades.

Precisamente en un reciente artículo incluido en la *Storia di Roma* realizado por A. Schiavone (1989, 14), este autor señala los obstáculos de todo tipo que encontramos para estudiar la Antigüedad, destacando las dificultades conceptuales que tiene el historiador a la hora de adentrarse en el estudio de las economías de la Antigüedad. Los propios escritores antiguos no prestaron atención al análisis de sus formas de organizar la producción y el abastecimiento de las necesida-

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

des y expectativas materiales. Por tanto, adentrarse en el estudio de la historia de las economías antiguas es ir en busca del descubrimiento de una “estructura oculta”, una “historia invisible”, razón por la que habrá que ser muy cuidadoso con la terminología que se emplea, adaptándola y matizándola constantemente para evitar contaminaciones de esquemas ajenos a esta “estructura oculta”.

En este sentido, esta escuela ha tratado de huir tanto de los planteamientos “modernistas”, vinculadas a los empiristas liberales o a los marxistas tradicionales, como de los “primitivistas”, influidos por las ciencias sociales, sobre todo la antropología económica y la sociología. Se trata de iniciar una “tercera vía”, con una terminología y unos planteamientos que se centren más en el estudio de las estructuras antiguas que en la valoración de las modernas, como ocurre con K. Polanyi. A pesar de que se destaca el importante papel que desempeñaron las bases materiales de la sociedad romana, renuncian a las jerarquizaciones paleomarxistas y el determinismo social o económico. En la *Storia di Roma* se tiende más a reflejar la interdependencia de factores y las relaciones mutuas entre los distintos aspectos de la historia, como se refleja en los artículos sobre las artes figurativas de F. Coarelli (1990a; 1990b) o el derecho de A. Schiavone (1990), entre otros.

Dentro de esta escuela, uno de los autores que más se ha interesado por el estudio y análisis de la economía romana ha sido A. Carandini. Sus investigaciones teóricas (1979, 1980b, 1981b, 1983, 1984, 1988) y básicas (1980a, 1981a, 1985, 1988, 1989a, 1989b; CARANDINI-PANELLA, 1981) han profundizado en la caracterización del “modo de producción esclavista”, desde la utilización de conjunta de las fuentes literarias y materiales. Sus aportaciones al campo del análisis de la economía romana, en parte, son el resultado de la elaboración conjunta de este colectivo aglutinado en torno al *Instituto Gramsci*, razón por la que su visión refleja, en general, las propuestas económicas de la “escuela gramsciana”.

El punto de partida de la interpretación de la economía romana que propone esta escuela, se encuentra en el rechazo de las concepción totalizante de la Antigüedad, defendida por la Nueva Ortodoxia, según la cual la economía antigua era continua y las economías preindustriales se dividían en dos: la no racional o antigua y la racional o feudal y moderna. En contra de esta visión, se plantea la defensa del “modo de producción esclavista” que tiene unas características diferenciadas respecto al modo de producción antiguo, retomando así el esquema definido por K. Marx en las *Formen* (nota 15). Consecuentemente, se podría estudiar la sucesión de varias

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

formas de economía antes de la aparición del capitalismo industrial del siglo XIX: las formas comunitarias de propiedad; la economía de la ciudad antigua; la de época helenística y del imperialismo romano, y, finalmente, la feudal, que acabaría con los primeros síntomas del capitalismo industrial.

La economía romana, por tanto, participaría de las características generales del resto de economías precapitalistas: ausencia de separación entre trabajadores y medios de producción o propiedad; los antagonismos sociales no aparecen en el proceso productivo; predominio del trabajo doméstico; existe un antagonismo entre campo y ciudad, agricultura y artesanado, y el capital comercial sofoca el surgimiento de capital industrial. En estas sociedades precapitalistas la producción no coincide nunca con la reproducción de la sociedad, puesto que existen elementos ajenos a la producción (instituciones, propiedad, conquistas, distribuciones, etc.) que se alojan en la economía. No existe, pues, una clara división entre economía y política que sólo se da en el capitalismo clásico competitivo (CARANDINI, 1980b, 13).

Como en otras economía antiguas, en el mundo romano se observa la existencia de crecimiento económico y crisis, contrariamente a lo que siguen defendiendo P. Garnsey y R. Saller (1991). En un célebre artículo titulado *Roma impe-*

rialista: un caso di sviluppo pre-capitalistico, A. Carandini (1980b) reúne algunas de las consideraciones comunes de esta escuela. Destaca que en la Roma imperialista se detecta un caso de desarrollo precapitalista, por tanto limitado en el espacio y el tiempo. Temporalmente el fenómeno quedaría limitado al período comprendido entre el siglo II a.C. y el II d.C. Espacialmente el desarrollo de la economía se extendería sólo en las regiones comunicadas por vía marítima o fluvial, ya que sólo el capitalismo industrial y la aparición del ferrocarril consiguió incorporar a la circulación mercantil a las regiones que no tenían contacto con las vías marítimas o fluviales.

En la misma línea A. Schiavone (1989) ha señalado la existencia de importantes líneas de fractura que separan la economía antigua, en la que predomina la producción de bienes de uso, de la romana, en la que se desarrolla la producción de bienes de consumo e intercambio. Hasta el siglo III a.C. la economía de Roma estaría definida por la autosuficiencia, el protagonismo social del campesino-propietario-soldado o los mecanismos administrativos de distribución de mercancías. La debilidad de los procesos de acumulación de capital y el inmovilismo de las estructuras sociales impide que se formen cadenas de demanda-oferta-precio (SCHIAVONE, 1989, 34-36).

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

Esta situación vendría a ser modificada a partir de finales del siglo IV a.C. y principios del III a.C., cuando se desarrollan las actividades bélicas y la conquista de territorios, es decir, con la extensión del imperialismo romano. Este imperialismo (SCHIAVONE, 1989, 36-37), de todas formas, ha de entenderse como un mecanismo regulado por las necesidades sociales de expansión agrícola y la presión demográfica que posteriormente producen el desarrollo del capital comercial, y no como un sistema dominado por la relación directa entre expansionismo y desarrollo del capital comercial, que es lo que ocurre en el mundo moderno. A partir de este período irán aumentando los intercambios, lo que creará divisiones en el cuerpo nobiliario, se acelerará la difusión de la moneda, se incrementará la incorporación de esclavos a la producción y aumentará la población (SCHIAVONE, 1989, 22-26). En resumen, asistimos a un crecimiento económico que condicionará el futuro desarrollo de la mentalidad y las formas de organización, y que llevarán al mundo romano a convertirse en un Imperio-Mundo (WALLERSTEIN, 1987; CARANDINI, 1981b; SCHIAVONE, 1989).

Se trata, en definitiva, de destacar los importantes cambios que se producen en la supuestamente continua economía antigua. Esta escuela hace un especial hincapié en la definición

de las particularidades productivas y comerciales que hacen de la economía romana un hecho singular, identificable con lo que denominan “modo de producción esclavista” o, como propone A. Schiavone, incorporando algunas matizaciones al esquema de los modos de producción, un “sistema agrario-mercantil a base spansionistica e schiavistica, senza autori-produzione”.

Asimismo, esta escuela se pronuncia en contra de la visión continuista de la esclavitud antigua de M. I. Finley (1982, 1984), que la vinculaba permanentemente a las formas de organización doméstica de la economía, de la en la que se constituía como un aporte subsidiario de mano de obra. Contrariamente, A. Carandini (1979; 1980b) entre otros, señala que a partir de la época helenístico-romana se produce la sustitución de los campesinos propietarios por mano de obra esclava importada desde las áreas periféricas de conquista, por lo que se provoca una separación radical entre los propietarios y los trabajadores. De esta forma, en determinadas áreas del Imperio Romano se llega a la sustitución del modo de producción doméstico o antiguo por el esclavista, en la medida que se produce un empleo cualitativamente diferente de la mano de obra esclava. Su utilización será diferente, ya no se dedicarán a la producción de bienes de uso sino a la

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

de bienes de intercambio (CARANDINI, 1979; 1980b 16-17). La villa esclavista deja de ser una granja para pasar a ser un auténtico complejo agrícola manufacturero, por lo que tanto sus medios como sus fines definen un modo de producción diferente. En este punto, A. Carandini (1981 a, 250) ha sido especialmente crítico con M. I. Finley, quien no contempló la separación de los medios de producción vinculada a la sustitución de los campesinos-propietarios por esclavos.

El empleo innovador de la mano de obra esclava en el campo también se refleja en las manufacturas urbanas. Los pequeños talleres artesanos, aunque siguen existiendo, conviven con las grandes *officinae* en las que trabajan gran cantidad de esclavos para la producción de mercancías, estandarizadas destinadas a los mercados lejanos. En este campo las aportaciones de J. P. Morel (1981, 1990a, 1990b) (**nota 16**) han modificado las concepciones que se tenían sobre las producciones artesanales y manufactureras del mundo romano, en la medida que describe centros de producción de manufacturas, como las oficinas que fabrican la cerámica Campaniense A, por ejemplo, que pusieron en los mercados transmarino de centenares de millones de ejemplares (MOREL, 1991b, 400).

Se cuestiona, así, otra de los pilares sobre los que la Nueva Ortodoxia construye sus teorías, el predominio de la ciudad consumidora (modelo Bücher-Sombart-Weber-Finley). A. Carandini (1979; 1980b, 17-18, 1981a, 259-260) ha postulado el surgimiento de un sistema manufacturero urbano que se extiende por las áreas de circulación comercial. Aunque lejos de la ciudad industrial moderna, los núcleos urbanos romanos conseguirán desarrollar una actividad económica autónoma dirigida a los mercados imperiales que invalida el modelo de ciudad parasitaria como única forma de definir sus características propias.

En este contexto el papel que desempeña el comercio es muy importante, aunque se reconoce que existen amplias áreas del Imperio Romano que permanecen bajo el dominio del autoconsumo. Se critica seriamente a los historiadores que atribuyen un papel secundario al comercio y el mercado en la Antigüedad. Como veremos a continuación, combinando las conclusiones de nuestro trabajo con las consideraciones que esta escuela tiene sobre el capitalismo mercantil, los intercambios durante la época romana no se pueden explicar únicamente mediante la aplicación de modelos de no-mercados, intercambios estatales o circuitos restringidos de distribución. En ese sentido destaca la visión de esta escuela que

III. La economía antigua en la historiografía contemporánea, comentario crítico

al insertar singularmente la economía romana entre las pre-capitalistas ve normal que en el mundo romano se produzca una subordinación de la producción al capital comercial, en la medida que existen sectores que se dirigen directamente a la exportación ultramarina, es decir, hacia los grandes mercados exteriores.

8. Finley (1979); Mazza (1985); Lepore (1970); Nicolet (1988); Lo Cascio (1991).

9. A. M. Chapman (1976) describe los puertos de comercio aztecas y mayas, R. Arnold (1976a, 1976b) los guineanos, F. Benet (1976) los bereberes, W. C. Neale (1976) los indios.

10. Este modelos ha sido apoyado y completado desde el punto de vista de los soldados desplazados por las provincias por M. H. Crawford (1970, 1985, 1986).

11. A. Tchernia (1987, 335-336) destaca la validez que todos los modelos interpretativos parecen tener cuando los datos son escasos, postulando la proliferación de los estudios anfóricos como único sistema para avanzar en la creación de modelos fiables que reflejen el funcionamiento de la economía antigua.

12. Sobre la ciudad consumidora, además de los trabajos ya mencionados, cabe destacar los estudios de C. Goudineau (1980), P. Leveau (1983), P. Leveau-C. Goudineau (1983), C. R. Whittaker (1990).

13. Otorgar una denominación global a un grupo de investigadores tan fecundo y extenso como éste es una tarea difícil. En primer lugar, porque toda generalización supone una castración de todas aquellas particularidades y matices que hacen a cada elemento único, y en este caso son tantas las aportaciones individuales de estos investigadores que la globalización supone una mayor injusticia. No obstante, existen lugares comunes y metodologías semejantes entre este amplio grupo de investigadores italianos, debido a que existe una herencia filosófica, cultural y política les es común. Por eso nos hemos atrevido

a buscar el sustrato básico de sus concepciones con el fin de dar una denominación común, repetimos siempre injusta, a toda su producción historiográfica que, además, se ha plasmado recientemente en la publicación de la *Storia di Roma* (Einaudi Ed.), que recoge buena parte de la aplicación al análisis histórico de las concepciones historiográficas de estos “antiquistas”. Así pues hemos querido denominar a esta escuela a través de la figura político-filosófica que la inspira, que no es otro que A. Gramsci.

14. El vocablo antiquista, traducción literal del italiano “antiquista”, es un término felizmente aplicado por muchos investigadores italianos para designar a los estudiosos de la Antigüedad, que utilizan todas las fuentes que tienen a sus disposición literarias, arqueológicas, epigráficas, cuantitativas, etc.

15. Sobre la obra de K. Marx *Formen die der Kapitalistischen Produktion vorhergehen*, cabe destacar la edición introducida por E. J. Hobsbawm (MARX, 1975) y el estudio de A. Carandini (1979).

16. Desde el punto de vista de la producción artesanal y el comercio transmarino para J. P. Morel (1991b, 399) “gli ancora timidi segni premonitori che potevamo cogliere, via via piú numerosi, nel corso della seconda metà del secolo III, sboccano in torno al 200 in rivolgimenti profondi, che conferiranno all’Italia, per quasi due secoli, una fisionomia del tutto particolare nella storia economica dell’Vantichità.